

ESCUELA PLURAL

Yo soy un decidido partidario de este eslogan que se está difundiendo: “España plural”. Si logramos interpretarlo con simpatía, aplicarlo con eficacia y sacarle todo el jugo que lleva dentro, la idea de España podrá ser más realista, coloreada, rica y fecunda que aquella mítica España “una, grande y libre” con la que trataron de ilusionarnos en nuestra adolescencia.

Pero la pluralidad no tiene por qué reservarse a España. Una Catalunya plural me parece también más rica, matizada e históricamente más completa que la Catalunya de unos u otros, la que se redujera a un partido u otro. El tripartito puede ser ya una incipiente escuela de pluralidad.

Estos días se intensifica el debate en torno a la sucesión del Dr. Carles a la cabeza de la diócesis de Barcelona. Algún amigo me pide mi opinión, como si yo fuera un experto. Si hubiera de darla, diría, aplicando la misma doctrina, que desearía que fuera un creyente capaz de respetar la pluralidad de la Iglesia y animar en una misma esperanza a los creyentes de diversos sectores y escuelas.

Por la misma lógica soy partidario de una escuela plural. Me he educado principalmente en la rama privada del sistema escolar y he sido profesor de la rama pública. Y en todas he encontrado buenos frutos.

Una de las cosas que más agradezco a mis padres es que se preocuparan siempre de encontrar una buena escuela para sus hijos. Su elección, a veces atrevida, se reveló con el tiempo afortunada. Recuerdo los pinos de la escuela Nelly en mi infancia. En el jardín nos enseñaban francés, inglés y religión. De mi aprovechamiento infantil en francés recuerdo un conejo blanco que me dieron de premio al terminar el curso y que se perdió bajo los pinos de un verano en Sitges.

Catalunya fue en los primeros decenios del siglo XX un animado laboratorio pedagógico, con importaciones provechosas. En el surco de una de ellas, la de la italiana doctora Maria Montessori, brotó la